

CAPITULO LXVII.

Una nueva y provechosa invencion de Marina.



MARINA, dijo Hernan Cortés á la jóven india, que tanta parte tomaba en sus penas y en sus felicidades, me hallo en un nuevo riesgo.

—No se me oculta que sufres, dijo Marina; pero no sé la causa.

Espero que me la dirás, porque no tienes secretos para mí.

—Sí; eres mi confidente, mi amiga, mi felicidad.

Ha llegado á San Juan de Ulúa un capitan español, al que acompañan muchos soldados, y su mision no es otra que la de apoderarse de mi persona y llevarme á Santiago de Cuba, para entregarme á uno de mis mayores enemigos.

Marina se estremeció.

Hernan Cortés continuó:

—Tú comprendes que aunque yo esté resuelto á morir luchando ántes de entregarme á mis terribles enemigos, la situacion en que me encuentro es afflictiva.

Si los mexicanos saben que existen entre nosotros odios, rencores, miserias, pasiones; si ven que como ellos sostenemos luchas fratricidas; si llegan, por último, á convencerse de que no somos los descendientes del gran príncipe de que tanto nos hablan, todo cuanto hemos conseguido lo perderemos, y mis esperanzas de conquistar este hermoso país, de vivir siempre en él, añadió Hernan Cortés, engañando aquella vez á Marina, desapa-

receràn por completo, y no tendré más remedio que alejarme de aquí de grado ó por fuerza, impulsado por los mexicanos.

Es necesario buscar un medio de que Moctezuma no sepa lo que pasa, y sin embargo, comprenda que yo estoy en peligro.

—Un medio se me ocurre, dijo Marina.

—¿Cuál? Expílicate.

—Moctezuma se opuso tenazmente á que llegarais á su territorio.

—Es cierto.

—Entónces bien pudisteis, no contando con fuerzas suficientes para oponeros á su voluntad, pedir auxilio á vuestra nacion.

Pues bien: yo veré á Moctezuma.

Yo le explicaré esto.

Yo le diré que comprendiendo tú al principio que necesitabas emplear la fuerza para llegar hasta México, pediste á tu soberano nuevos refuerzos, y que esos refuerzos han llegado.

Le diré que desconociendo la benévola acogida que ha dispensado á los españoles su soberano, tomando por un gran desaire la negativa de Moctezuma, los ha enviado con orden expresa de venir hasta aquí á llevarle prisionero.

Le aseguraré que tú, que eres su amigo, que deseas su bien, te has opuesto á que se lleve á cabo semejante medida, y que los españoles han creído, al oír esta respuesta, que le prefieres á ellos, que te ha dominado, que en vez de ser su amigo eres tú su esclavo, y están resueltos á luchar contigo, porque te opones á su voluntad.

Hernan Cortés dirigió una mirada apasionada á la jóven india.

—¡Oh! exclamó, al mismo tiempo que cruzaba una horrible idea por su mente.

¿Por qué no habré nacido en donde tú viste la luz?

Esa idea es excelente.

Corre, ve inmediatamente á ver al emperador Moctezuma. El te preguntará de seguro qué es de mí.

Aprovecha la ocasion.

Díle que estoy preocupado, díle la situacion en que me encuentro, esa situacion que has forjado, y que va á salvarnos.

Marina se apresuró á cumplir los deseos de su amante, en tanto que éste instruía á Ilbialbi en lo que debia decir á los mexicanos para que no extrañasen la llegada de los prisioneros, porque estas escenas tuvieron lugar ántes de que llegasen.

Marina desempeñó admirablemente su papel.

A las primeras preguntas de Moctezuma:

—¡Ay! exclamó la jóven. Si vierais qué horrible pesar sufre en estos momentos Hernan Cortés.

—Expícate.

—No puedo.

El mismo no ha querido revelarme su secreto; yo he tenido que averiguarlo, preguntando á sus más íntimos confidentes.

—¿Le amenaza algun mal?

—Una desgracia inmensa.

—No comprendo qué puede sucederle.

¿Acaso está pesaroso conmigo porque le he suplicado que me abandone para tranquilizar á mis vasallos?

—No, al contrario.

Daria por vos su vida.

Os ha tomado tanto afecto desde que os conoce, que esa es su mayor desventura.

—Habla, habla, exclamó Moctezuma con ansiedad.

—Yo bien quisiera revelaros lo que sucede; pero aseguradme que guardareis el secreto, porque no quiero que nadie lo sepa.

—Yo te lo aseguro.

—Entónces oid.

Marina, con todas las precauciones, con todo el aparato de la verdad, le refirió la fábula que habia inventado.

Moctezuma no pudo ocultar la gran emocion que experimentó su alma al escuchar aquella revelacion.

¡Era tan verosímil la invencion de la jóven india!

En efecto; él se habia opuesto á que los españoles avanzaran hácia su capital.

Lo más natural era que Hernan Cortés pidiera auxilio para contrarestar la voluntad soberana de Moctezuma.

Siendo como eran los españoles descendientes del gran Quetzalcoal, debia ofenderse en extremo su soberano al ver que Moctezuma se negaba á recibir á su representante.

Aquello era un delito de la mayor gravedad.

Despues de hacerse estas reflexiones:

—Marina, exclamó Moctezuma, yo te doy palabra de ocultar este secreto.

Manifestaré, sin embargo, á Hernan Cortés que yo lo he averiguado.

Pero su causa es la mia.

Necesito hablarle.

—Vuestra voluntad es soberana, dijo la jóven india.

Cúmplase vuestra voluntad.

Moctezuma suplicó á Hernan Cortés que fuese á verle, y así lo hizo, en tanto que Ilbialbi despertó la curiosidad de los mexicanos, refiriendo con exageracion la fábula que ya conocen nuestros lectores.

CAPITULO LXVIII.

Donde se vé cómo Cortés prepara su retirada.



BORDÓ Moctezuma la cuestion con Hernan Cortés.

--Sé lo que pasa, le dijo; y necesito conocer vuestra resolucion.

--Si habeis descubierto mi secreto, repuso Hernan Cortés, no hay para qué ocultárosle.

En cuanto á mi resolucion, fácilmente podeis comprender que la gratitud que siento hácia vos me resuelve á partir, y á luchar, si es preciso, con mis propios hermanos, para que no consiga destruir el pacto que los dos hemos hecho.

--¿Creeis, dijo Moctezuma, que si yo enviase una embajada bastaria eso para contener su furor?

--No, no bastaria; es necesario que vaya yo, y estoy resuelto á partir muy pronto.

--¿Quereis que os acompañen soldados míos?

--¿Y para qué? Yo espero que mis razones bastarán á calmar la indignacion de mis compatriotas.

Si así no fuera, creo que mi influencia seria suficiente para aplazar la lucha, enviando un emisario á nuestro rey para recibir nuevas órdenes suyas.

Si nada de esto surte efecto, lucharé y venceré.

Pero de todos modos, no rechazo el auxilio que me ofreceis.

Yo diré al capitán del nuevo ejército que ha llegado á las costas del imperio mexicano, que sois mi amigo; que para demostrar vuestra amistad, vuestra veneracion á los españoles,

habeis abandonado vuestro palacio; que nos habeis colmado de atenciones.

--Le mostraré los ricos presentes que para nuestro rey nos habeis ofrecido.

--Estas declaraciones serán eficaces, aunque es posible que para convencerse de ellas quieran venir aquí.

--Si tal sucede, y es lo probable, yo desearia que os encontrasen todavía en nuestra morada, á nuestro lado, siendo nuestro amigo.

--¿Y podeis dudarle? preguntó Moctezuma.

--No lo dudo; pero os lo ruego. Al marchar yo dejaré á uno de mis capitanes en el palacio que tan generosamente habeis puesto á nuestra disposicion. Quedarán en su compañía soldados bastantes, no para defenderse, que yo no espero ataque alguno por parte de vuestros vasallos, sino para daros digna guardia.

Mucho sintió Moctezuma aquella nueva pretension de Hernan Cortés.

Pero en semejantes circunstancias, ¿podia oponer resistencia?

¿No era oponerse, revelarse contra él?

Y si se revelaba, ¿qué sucederia, contando como contaba Hernan Cortés con aquellos nuevos refuerzos que acababan de llegar animados de los mayores deseos de combatir?

Os empeño mi palabra, exclamó Moctezuma, de permanecer en este palacio mientras dure vuestra ausencia, de considerar á vuestros capitanes como á vos mismo, y de proteger y amparar con mi proteccion á todos los españoles que dejesis aquí.

--Confio en esa palabra, y parto en breve á realizar los deseos que os he manifestado. Pero antes, como es costumbre entre nosotros, voy á enviarle un emisario que anticipe las nuevas que yo he de confiarle más tarde.

En efecto; aquel mismo dia confió lo que pasaba á fray Bartolomé de Olmedo, le dió sus instrucciones y le rogó que fuese

á conferenciar con el capitan Pánfilo de Narvaez, empleando toda su influencia para evitar una guerra, que podia desprestigiar á los españoles ante los mexicanos, y que no seria provechosa para nadie absolutamente.

Fray Bartolomé de Olmedo, con dos soldados, partió inmediatamente á realizar los proyectos de Hernan Cortés.

Este habló á Pedro de Alvarado, que era, por su valor y su arrojo, el más á propósito para sostener las conquistas adquiridas acerca de Moctezuma.

Dejó á sus órdenes ciento cincuenta soldados, y le encomendó que tuviera la mayor precaucion para evitar luchas entre sus soldados y los mexicanos: le rogó encarecidamente que guardase las mayores atenciones á Moctezuma, y por último, le autorizó para tomar cualquiera resolucion extrema, si el monarca, valiéndose de su ausencia, ó instigados por los suyos, faltaba á su promesa, ó si los mexicanos cansados ya de la dominacion de los españoles, intentaban recuperar su independencia.

Al dia siguiente de partir fray Bartolomé de Olmedo se puso en marcha con los soldados que debian acompañarle á tomar parte en una de las situaciones más difíciles y más apurada de la vida del gran hombre.

Marina quiso acompañarle.

—No, dijo Hernan Cortés; tú te quedas aquí, porque tu presencia es necesaria.

—¿Y si corres peligro?

—Yo los afrontaré.

—¿No sabes qué si tú perecieras, quiero morir contigo?

—Yo te mando que te quedes aquí, porque nadie mejor que tú puede avisar á Pedro de Alvarado lo que suceda en contra nuestra.

—¿Pedro de Alvarado es la persona á quien confias el mando?

—Sí, dijo Hernan Cortés.

Marina estuvo á punto de revelar á Hernan Cortés el secreto que existia entre ella y Alvarado.

—No, se dijo; tengo bastante fortaleza para resistir, y le amo tanto, que yo evitaré cualquiera desgracia que pudiera sobrevenirle.

Despues de una breve pausa:

—Al menos, dijo Marina á Hernan Cortés, que te acompañe Ilbialbi.

Hernan Cortés accedió á sus deseos.

Marina habló con el jóven indio, y le encargó que velase por su persona á costa de todo.

Dejemos, pues, á una fraccion de los españoles al mando de Pedro de Alvarado, en México, custodiando todavía la persona de Moctezuma, y abandonemos con Hernan Cortés aquella tan magnífica ciudad, para asistir á las escenas que durante el viaje del caudillo de los españoles, y á su llegada, tuvieron lugar; escenas que constituyen episodios de los más notables de esta interesante historia.

CAPITULO LXIX.

Dónde se ve que la fortuna no abandona á Cortés.



HERNAN Cortés dió á fray Bartolomé de Olmedo una carta para Pánfilo de Narvaez, al mismo tiempo que le instruyó acerca de la conducta que debería observar con los capitanes que acompañaban al jefe de las fuerzas que iban á apoderarse de él.

Habia sabido por Guevara que entre las personas que acompañaban á Narvaez se encontraba su antiguo amigo Andrés del Duero y el licenciado Luis Vazquez de Ayllon, que como recordarán nuestros lectores, se habian embarcado con ánimo de impedir que Narvaez cometiese atentado alguno contra el hombre que en aquella noble y provechosa empresa habia empeñado su vida.

Convinieron fray de Olmedo y Hernan Cortés en que apenas terminara el primero su embajada volveria á Tlaxcala, en donde el jefe de los españoles, con sus tropas, aguardaria el regreso del misionero para tomar una resolucion definitiva.

Podia fray Bartolomé llegar en poco tiempo con el auxilio de los caballos.

No sucedia lo mismo á los españoles, que tenian que ir á pié, razon por la cual arregló el jefe las jornadas de la manera más cómoda para sus tropas.

Pernoctó en Zimpazingo, y al dia siguiente en Cholula, donde más por temor que por amistad, le dispensaron una cariñosa acogida.

De allí pasó á Tlaxcala.

Media legua ántes de la ciudad salió toda la nobleza de la república á recibir á su antiguo amigo.

Su entrada en la ciudad fué un nuevo triunfo, porque consideraban en Hernan Cortés al vencedor de Moctezuma.

Por lo que pudiera suceder, contando como contaba Hernan Cortés con la amistad de los tlaxcaltecas, se apresuró á pedirles refuerzos y tropas para que le acompañasen á Zempoala, y volviesen con él, si era preciso, á México.

Inmediatamente se reunió el Senado bajo la presidencia de Magiscatzin para ocuparse de la peticion de Hernan Cortés.

Este habia hablado con el presidente del Senado, y le habia referido con sinceridad el objeto de la llegada de los españoles á Veracruz.

—Envidioso de los triunfos que he conquistado, un enemigo mio quiere venir á disputármelos, dijo Hernan Cortés.

Tengo bastante fuerza para vencerle; pero temo que si los mexicanos se enteran de esta batalla, perderé lo ganado, y por consiguiente no podré ser útil á la república de Tlaxcala y ni favorecer sus miras, si el imperio de México no permanece como hasta ahora en mi poder.

Hé aquí por qué razon os pido vuestro auxilio.

Poned á mi disposicion cinco ó seis mil tlaxcaltecas que me ayuden á vencer pronto á mis enemigos, y en breve tornaré á México, dando cima á la conquista y partiendo con vos mi triunfo.

Estas proposiciones, secundadas eficazmente por Magiscatzin, fueron acogidas por unánime aprobacion; y como Hernan Cortés aseguró que permaneceria algun tiempo en Tlaxcala esperando á los emisarios que habia enviado cerca del capitan de las fuerzas que iban en su busca, se emplearon aquellos dias en reunir á los soldados tlaxcaltecas y en prepararlos para la expedicion que iban á emprender.

Dejemos, pues, á los españoles aguardando con ánsia las noticias del licenciado fray Bartolomé de Olmedo, y sigamos á este hasta el cuartel general de Pánfilo de Narvaez, para ver cómo desempeña su mision.

Cuando Pánfilo de Narvaez vió que llegaba la noche y que el licenciado Guevara, el escribano real y los soldados que le habian acompañado no regresaban á bordo, empezó á temer que hubiera tomado alguna resolucion violenta el jefe de las fuerzas españolas acantonadas en Veracruz, y al dia siguiente envió un destacamento de soldados para que averiguase qué suerte habia cabido á sus primeros emisarios.

No ocultó Sandoval la determinacion que habia tomado.

—No hallándome yo en condiciones de responder á las indicaciones que me han hecho los enviados del capitan, dijo á los soldados, he mandado al licenciado Guevara y á sus compañeros á México para que hablasen con Hernan Cortés.

Comprendió Narvaez que si esto habia sucedido no habria sido con el beneplácito de Guevara, y consideró como un atentado digno de castigo el acto que habia consumado Sandoval.

Pero informado de que los habitantes de Zempoala conservaban las mejores relaciones con él, y desconociendo todavía el carácter y el número de aquellos indios, que podian ser auxiliares de los españoles y malograr su empresa, fingió suspender toda resolucion hasta que volvieran sus enviados, y lo único que hizo fué desembarcar su ejército y hospedarse en Zempoala.

El cacique, que ignoraba el objeto del viaje de aquellos hombres; pero que al ver que eran de la misma raza de los españoles pensó que habian acudido para auxiliarles en su empresa, los recibió con la mayor cordialidad, los hospedó cómodamente, é hizo que sus vasallos acudieran todos los dias con provisiones para obsequiarles.

Los primeros dias los empleó en el desembarco y estudiar el

terreno para estar prevenido por si llegaba el caso de dar una batalla.

Sandoval replegó á sus soldados, se hizo fuerte en la Veracruz, y resolvió perecer si era preciso ántes que obedecer á Pánfilo de Narvaez.

No tardaron en llegar el licenciado Guevara, el escribano real y los soldados.

Hernan Cortés habia procedido con ellos con el mayor acierto.

Aquel clérigo discolo, intransigente, resuelto á hacer obedecer las órdenes de Velazquez mientras consideraba á Hernan Cortés como un rebelde vulgar, al verle convertido en dominador de aquel vasto imperio, al saber el prestigio de que gozaba entre los mexicanos, al contemplar las maravillas de aquella ciudad que habia sometido á la dominacion de los españoles, no pudo ménos de calmar sus ímpetus y admirar al hombre que aquellas hazañas habia llevado á cabo, y comprender lo difícil que iba á ser á Pánfilo de Narvaez cumplir las órdenes de Diego de Velazquez.

Si á esto se añade que Hernan Cortés, con aquel tacto que habia desplegado en la conquista, las inmensas riquezas que para el rey le habia entregado Moctezuma, y que el ilustre caudillo obsequió con algunas de ellas á los enviados de Narvaez, fácilmente se comprenderá que el licenciado Guevara volviese á la presencia de Pánfilo de Narvaez más inclinado en favor de la paz que en favor de la guerra.

Pánfilo de Narvaez iba resuelto á apoderarse de Hernan Cortés.

Acaso no entraba en sus planes entregarle á Diego de Velazquez.

Pero queria que le debiese la vida, para cumplir al ménos la promesa que habia hecho á su esposa.

Por otra parte, la idea de conseguir la gloria que se prome-

tía alcanzar Hernan Cortés, era á su amor propio un poderoso aguijon, un estímulo eficacísimo á su vanidad.

—El jefe de los españoles, se dijo, debe haberles tratado con dureza, debe haberse mostrado arrogante, debe haberles irritado. Su indignacion le impulsará á la venganza, y sus palabras excitarán más y más en mis soldados el deseo de cumplir la mision que han traído aquí.

Partiendo de este supuesto, convocó á los capitanes de las fuerzas que iban á sus órdenes, al oidor Lúcas Vazquez de Ayllon, á Andrés del Duero y á todas las personas importantes que le acompañaban.

No tardó en arrepentirse del paso que habia dado.

—¿Creereis sin duda, exclamó el licenciado Guevara, que vengo muy quejoso de Hernan Cortés?

Pues estais todos equivocados.

Es cierto que el capitán de las fuerzas de la colonia de Veracruz me trató con arrogancia y hasta con descortesía; que olvidándose de mi calidad de embajador me aprisionó y me condujo mal de mi grado á la presencia de Hernan Cortés.

Pero el rebelde á quien hemos venido á perseguir es todo un héroe.

Indignado al verme prisionero, me dejó en libertad y me obsequió espléndidamente.

Me llevó á la presencia del emperador de los mexicanos, que se halla en su poder, y más tarde me mostró la ciudad, que es una maravilla.

El licenciado Guevara se deshizo en elogios y en admiraciones de cuanto habia visto, y al mismo tiempo que felicitaba al oidor, se despertaba en su alma una profunda admiracion hácia Hernan Cortés.

Pánfilo de Narvaez, no pudiendo contener la irritacion que experimentaba al oírle, le mandó callar y disolvió la reunion con palabras que revelaban su descontento.

Pero sucedió lo que era natural que sucediese.

Los que habian quedado pendientes de la narracion del licenciado Guevara, le buscaron, y con el mayor secreto, puesto que se les prohibia, supieron detalladamente las proezas que habia llevado á cabo Hernan Cortés y la descripcion de la ciudad que habia conquistado, con todas las maravillas que tanto habian sorprendido al clérigo.

Este, halagado por que buscaban su conversacion, considerándose como un hombre importante, no solo dijo lo que habia visto, sino que exageró, logrando quebrantar mucho las intenciones hostiles de los soldados que enviaba Velazquez para castigar á un rebelde.

Poco despues llegó fray Bartolomé de Olmedo y pidió licencia á Pánfilo de Narvaez para darle cuenta de la embajada que le llevaba de parte de Cortés.